

SOMBRAS Y RECUERDOS

Alfonso Armas Ayala
Colegio Universitario de Las Palmas

ABSTRACT

A personal and moving evocation of Ventura Doreste, extending from his youth to his later studies on Saulo Torón and Alonso Quesada, and focused on his fine work as a journalist and his years at the Museo Canario.

1. *Una revista escolar*

Se titulaba SPES. Mayúsculas muy anguladas, muy rectas. Se notaba que había tutoría profesoral, aunque se titulaba revista escolar. Con formato muy clásico, con páginas muy limpias; con tipografía muy 1930. En 1932; GACETA DE ARTE, revista de Arte, había marcado un rumbo en la tipografía insular. Juan Ramón, Pedro Salinas fueron los iniciadores. Después, en la exposición Picasso, hecha en Tenerife, las mayúsculas venusinas y las minúsculas tipo 12, tipo 16. Con anterioridad, LA ROSA DE LOS VIENTOS, una revista literaria de 1927, también había usado esta tipografía: firmas como las de J.M. Trujillo, Agustín Espinosa, Ernesto Pestana, fulgurantes de surrealismo.

Por eso, SPES, a pesar de las fechas de su publicación —1936, 1937—, volvía a repetir modelos anteriores. Sin duda había manos y criterios iguales a los de LA ROSA o los de GACETA. Y por eso, el releerla hoy, con la natural ingenuidad escolar, no parece ser sólo una publicación escolar. Hay páginas políticas —redobles y tamborileos “imperiales”, fle-

chas y haces, vocabulario fascista—, las hay literarias —sobre Azorín, sobre Maeztu, sobre M. Pelayo, sobre el Quijote—, las hay humorísticas —chistes y caricaturas, acrósticos ingeniosos—; las hay, es natural, informativas —noticias domésticas del Instituto, comentarios satíricos—; pero, en especial, hubo siempre un tono selectivo. Y una línea rigurosa.

Entre los colaboradores, nombres, nombres. Nombres escolares. Entre estos, dos: Lezcano y Doreste; entre los 14 y los 16 años. Por eso resulta especialmente significativo la lectura de estas prosas más que juveniles: salpicadas de cándor, de énfasis, de retoricismo. Pero cuidadas en la forma. Y, sin duda, las escasas colaboraciones de Doreste 15 años, casi sin cumplir— dan fe de originalidad y de rigor. Las de Lezcano, más variadas: dibujos, humor, nunca un verso.

Por esos mismos años —Años Triunfales, Vivas y Arribas, vocativos con criterio coral—, entre los mitos resucitados, Cervantes y Don Quijote; no el de Unamuno, no el de Ortega, sí el de Maeztu. Don Quijote, desfacedor de entuertos, limpiador de injusticias, caballero de molinos trituradora; o Don Quijote, galopando sobre una nueva España, trágicamente carnavalesca, esperpénticamente desfigurada.

Y, sin embargo, aquel jovencísimo colaborador de la revista —¿sólo colaborador? ¿tal vez corrector de estilo?— no caía fácilmente en la prosa verborreica y vacía. Su lectura de Maeztu —el de las corresponsalías de Londres, el de las páginas del *Sol*—, hecha en la biblioteca paterna, resultaba ser muy meditada. Y, dada la edad del colaborador, excepcional. Porque su prosa tenía un sello distinto; porque no tenía salpicaduras triunfalistas ni lecturas facilonas y falseadoras. Maeztu, sí, pero el de los años 14, 16, 18; no el de 1930 o 35. Aquel Maeztu que ha perdurado por la galanura de su prosa; y la profundidad de su mensaje.

A pesar de la insistencia machacona del Director, a pesar de la peligrasidad de sus desvíos, el colaborador, el jovencísimo colaborador, proseguía en la misma línea de su prosa. No resultaba fácil convercerlo con razonamientos maniqueos o con ofidiosos silbidos. La firmeza de su criterio iba a ser nota distintiva del futuro escritor.

Poco tiempo después, con motivo de un concurso literario promovido por el Instituto —en donde cursaba el 4º curso de Bachillerato—, Doreste obtenía dos premios. Y no precisamente los primeros. Seguramente, por la falta de “espíritu patriótico” —según lenguaje de la época—. Otra vez Maeztu, otra vez el Quijote; otra vez, glosa de un buen lector. Inclusive, con citas bibliográficas al final del breve ensayo. Siempre el rigor, siempre el cuidado, siempre el apoyo de la autoridad buscada con sagacidad y tino.

Por aquellas fechas —¿1936, 1937?— el primer artículo periodístico. Algún lector, amigo del padre de Ventura, creyó que la firma era del primero; no en vano había sido colaborador en prensa insular —bajo el seu-

dónimo Arauz—. Pero no, el artículo era de Ventura, el aspirante a bachiller. Y vale la pena releerlo, porque, al igual que sus colaboraciones de SPES, allí está una vez más el rigor y la pulcritud como notas predominantes.

Mientras tanto, en la biblioteca paterna, el futuro bachiller seguía leyendo, leyendo con avidez. Leyendo con voracidad. Leyendo con orden. Y empapándose de cada lectura. Para comentarla con los compañeros de clase. Para poner en apuros más de una vez a una joven catedrático de Literatura. Aquella su memoria (tan nítida, tan precisa) resultó ser una afilada arma para manejar su escrupulosidad erudita. Su erudición, pasmosa ya a los 17 o 18 años. Borges y Alfonso Reyes; Cansinos, Maeztu, D'Ors, Azorín, Unamuno. Y Ortega, una de sus preferencias. El autor de los ensayos concéntricos: volver una y otra vez, por distintos caminos, al mismo tema. Y Pérez de Ayala, al que dedicaría, pasados los años, su Memoria de Licenciatura. También Marañón, con quien aprendió moral y humanismo.

Ventura Doreste, estudiante de bachiller, luchando con privaciones y con apreturas económicas. Pero llevando muy alta su conducta, su quehacer literario. Y su corazón.

Porque corazón y razón —¡cuánta era su admiración por Montaigne!— fueron ya, desde entonces, guías seguras de su vida.

2. *La Casa*

Ventura vivió durante sus años de Bachillerato en un chalet situado en Ciudad Jardín, una zona residencial de Las Palmas. Formaba parte de un conjunto de viviendas construidas y proyectadas por un prestigioso arquitecto. Con todo, este chalet tenía adiciones como el de un garaje, asiento de juegos juveniles; entre los que destacaba la colección de modelos de automóviles, una de las pasiones de Ventura.

Hablaba de marcas de automóviles con el mismo rigor que de los libros. Explicaba cuáles eran sus características técnicas. Destacaba la belleza de la línea, la potencia del motor o el tapizado interior. Se preocupaba, con un gusto especial, por el volante: su finura, su esbeltez, su dureza; si tenía o no un buen sonido las señales acústicas. La curiosidad del joven Ventura tenía amplio campo de acción: cada automóvil formaba parte de esa estructura ordenadora que era su cabeza, inclinada a satisfacer la curiosidad y hacer ostentación de sus conocimientos mecánicos.

En ese garaje, vacío de automóvil, solía recibir a sus amigos más íntimos. Para hablar, para discutir, para comentar la última lectura. En especial, las firmas más brillantes de *La Prensa* o *La Nación* de Buenos Aires,

periódicos coleccionados por su padre, celoso conservador de una rica hemeroteca. Las relaciones mercantiles con Argentina —su padre era agente comercial— fueron camino para que fuese imponiéndose, cada vez más, en literatura iberoamericana. Gracias a leer, a su bibliomanía y a su claridad expositora, escuchamos por primera vez los nombres de Reyes, de Gallegos, de Borges, de Mañarch, y de tantos escritores más. Por ejemplo, N. Guillén, cuyos verbos y cuya vida Ventura conocía muy bien. O las poetisas, como Delmira Agostini o A. Storni.

Pero sobre todo, A. Reyes, el humanista, el prosista cuidadoso. El lector de clásicos griegos y el crítico de los jóvenes poetas mejicanos. Sentía por él especial devoción; y la huella de aquel su clasicismo pesó grandemente en los primeros versos de Ventura: Ifigenia, la de Reyes, inspiraría su inclinación helenística. Que llegaría a recitar alguna tarde fragmentos de Luciano de Samosata, por cuyo prequevedismo satírico tanta admiración sentía.

Tal vez, además de la circunstancia familiar, pudo haber habido otras circunstancias de índole histórica. A pesar del europeísmo indiscutible de los escritores de la generación de T. Morales —el padre de Ventura sostuvo una amistad muy estrecha con Luis Doreste, con Saulo Torón y con Alonso Quesada—, en casi todos hubo como un regusto postrrubeniano, como un modernism incipiente que pesó, tal vez inconscientemente, en sus primeros libros. Vargas Vila, por ejemplo, era leído y, en ocasiones, detestado por Alonso o por el propio Saulo.

Este ámbito literario que lo rodeó fue, sin duda, factor indiscutible para completar este americanismo del joven Ventura que, con su finura e intuición, supo descubrir en las páginas de los escritores de la otra orilla unas cualidades y una novedad que, en aquellos años, resultaba totalmente ignorada en la mayoría de los cenáculos artísticos y literarios peninsulares. La huella —hoy reconocida— que Chacón y Calvo y Reyes tuvo en la generación literaria de los años veinte ya era valorada por Ventura; porque en la biblioteca familiar tenía la suerte de disponer de las raras ediciones madrileñas o barceloneses de estos escritores americanos residentes en el Madrid de los años 14, antes y después de la Guerra Europea. La primera lectura fragmentaria que alguno de sus amigos tuvo de *La Celestina* la consiguió gracias a la edición popular de Calleja prologada por Reyes. Bastantes años antes de que, en la Universidad, leyésemos las ediciones gongorinas de D. Alonso, ya estábamos iniciados en Góngora. Gracias a la pulcra interpretación de A. Reyes, también conocida a través de Ventura.

Con otro escritor, Luis Doreste, tuvo Ventura una muy estrecha amistad. El viejo Luis, como lo llamábamos los jóvenes, había vivido bastantes años fuera de las Islas; en Madrid y París. Desempeñó corresponsalía de algún periódico madrileño, fue compañero de Azorín en alguna re-

dacción; y, ya en París, desempeñó la secretaría privada del Embajador León y Castillo. Conocía bastante literatura francesa y llegó a conocer personalmente a Wilde, a Picasso, a Turina, a Falla, a los hermanos Machado, a R. Meller y a Conchita Supervía. Puede decirse que tuvo trato obligado con la generación de españoles en París, en los años de la Primera Guerra. Y, además, ejerció función destacada en la tarea casi heroica que la Embajada española desempeñó con los dos bandos beligerantes; principalmente, y gracias a las gestiones personales de Alfonso XIII, en favor de prisioneros, desaparecidos y espías.

Ventura, excelente conversador, conseguía, sin mucha dificultad, que Luis refiriese su vida parisina, precisamente la de carácter oficial; en especial, en las relaciones de la Embajada con la Presidencia de la República y con el Ministerio de A. Exteriores. Resultaba singular escuchar la conversación de dos interlocutores, tan distantes en la edad, sobre libros o autores franceses. Con las glosas, precisiones y puntualizaciones de Ventura; sobre todo, cuando se trataba de las fechas de algún libro o de acontecimiento. Más de una vez, el "viejo Luis" tenía que admitir el comentario de Ventura.

Con otro poeta, Luis Benítez Inglott, tuvo también Ventura una relación afectuosa. Benítez, brillante abogado, había vivido también fuera de España. Y escucharlo, en especial cuando se trataba de anécdotas vividas en Francia, resultaba apasionante. Por la galofilia que los unía —a Ventura con Benítez— y por la generosidad en sus opiniones, sobre libros y acontecimientos. Haber conseguido reunir en un libro las mejores poesías desperdigadas y casi olvidadas de Luis, fue tarea de Ventura, consciente de la valía del poeta, algo más que un epígono modernista.

La labor periodística de Ventura fue intensa, más en tareas de redacción que de colaboración. Al reanudarse la publicación de dos periódicos locales, su misión de "colocar acentos", como él decía, le absorbió muchas horas. Los cajistas temían su fiscalizadora misión, poco acompasada al ritmo de la composición. De ahí que, al publicar cualquier original, las erratas le producían verdadero horror. Las perseguía con saña juanramoniana; y casi sufría como el poeta onubense, cuando descubría alguna.

Fue en el periódico, en sus galeradas y en la lucha con las pruebas, en donde Ventura completó su mejor conocimiento de la letra impresa: la compañera de su vida.

3. *El Museo*

Desde los años del Instituto, la biblioteca del Museo —sólo había una, la de El Museo Canario—, era frecuentada por la muchachada de los

cursos de literatura: Agustín Espinosa, Juan Millares Carló, más tarde Joaquín Artiles o Juan Velázquez eran los incitadores. Allí, en la vieja y destartada biblioteca, casi una habitación, podíamos consultar el *España*, podíamos leer alguna novela con grabados, o nos podíamos deleitar con algún número de *Revista de Occidente*, cuando D. José Chacón o el propio Espinosa nos encomendaban alguna lectura especial. Ventura, lector de la *Revista* desde su biblioteca paterna, nos servía de guía eficaz; y de glosador impagable. Las portadas de Maruja Mallo siempre nos impresionaban, aunque apenas comprendiésemos su simbología. Y los versos de Lorca, los primeros versos del *Romancero*. En especial, nos subyugaba el color de la portada, la belleza de aquella letra menuda, casi inglesa, repartida en cuadriláteros perfectos dentro de cada plana. Es curioso: ninguno de nosotros sentía curiosidad por literatura, historia o temas relacionados con Canarias. Buscábamos más ir descubriendo las nuevas y misteriosas Sirtes que Espinosa, que Chacón nos iban mostrando. ¿Por qué nos atraía tanto Egipto? ¿O por qué Caldea? Tal vez por aquellas horas de proyecciones —casi, casi cine mudo estático—, en aquel epidiascopo, compañero constante de la voz metálica del profesor. En alguna ocasión, Ventura nos traía —nos prestaba, sin conocimiento de su padre— tal o cual relato de France, o alguna novela histórica sobre el mundo del Oriente próximo.

Galdós —*Los Episodios*— era otra de nuestras lecturas; en especial, la primera serie. Las desventuras de aquel muchacho gaditano, relatada en tan distintas etapas de su vida, nos apasionaba. Y las intrigas folletinescas de las Amarantas, y los amores frustrados por la guerra. Galdós nos gustaba; sin darnos cuenta, íbamos quedando prendidos por su mensaje.

También, Baroja, el de las *Memorias de un hombre de acción*. Ventura era barojiano; veía con claridad lo que su nombre significaba dentro de la novela española contemporánea. Benjamín Jarnés, otra de sus lecturas dilectas, tenía, decía él, algo de “tufillo” barojiano”. Y un joven novelista, que oíamos mencionar a Ventura: se llamaba Francisco Ayala, y más lo habíamos leído como ensayista que como escritor de creación.

En el Museo, además, oíamos alguna conferencia; sobre temas canarios. O sobre el “maldito” Galdós, cuyo centenario en 1943 apenas sirvió de pretexto para denostarlo o para censurarlo. Gracias al esfuerzo de unos pocos, en contra de la voluntad política de muchos, escuchamos el primer ciclo dictado por galdosianos muy dispares en calidad. En especial, la lección de Pérez Vidal sobre “la noche de San Daniel”, sin duda fue la mejor y la más inolvidable. Hasta escuchamos la lectura de un trabajo enviado por *Angel Guerra*, enfermo en Madrid; en él refería anécdotas y vivencias galdosianas. La voz inconfundible de Eduardo Benítez —motor humano de esta celebración— daba un tono especial a cuanto iba leyendo; a pesar

de que el humor de Ventura redondeara y glosara la entonación y dicción de la lectura.

Y además, la cabra. La cabra palmera del Museo. La pobre cabra esperimentada por el formol... y por el padre de Pepe Naranjo. Era una cabra, pensábamos, más traída de Gredos que de la Caldera de Taburiente. Una cabra con ojos asustados y con gesto altivo. Ventura le dedicó una letrilla que más de un rimador de nuestro grupo enriqueció con obscenidad y con vocabulario soez. La cabra era el personaje más importante de aquel museo poblado de pescados disecados, de pájaros disecados, de disecadas mariposas polvorientas y coloreadas; y de piedras, de fonolitas, de basaltos, de calcitas, de feldespatos, explicados una y otra vez, unas veces por nuestro profesor de Naturales, por la voz parsimoniosa y grata de Juan Bosch, o por el humor y la sabiduría de Simón Benítez.

En ese Museo, por los años cincuenta, el grupo generacional de Ventura —al que se unió Manolo Millares, Felo Monzón, Plácido Fleitas y otros— organizó un ciclo dedicado al “Superrealismo” fue el vocablo ocultador. Intervino E. Westerthal, director-fundador de *Gaceta de Arte*, hubo recital de poesías, se escuchó música de Juan Hidalgo y M. Millares expuso una selección de sus cuadros. Ventura dictó una charla —leída, como todas sus conferencias— sobre pintura y literatura. El folleto llevaba por título *Exposición de Arte Contemporáneo*; los nombres de A. Manrique, Juan Ismael, M. Millares y Felo Monzón resultaban, en aquel momento, bien expresivos. La presentación que Ventura hizo de la exposición de J. Ismael quedaría recogida en uno de sus libros *Ensayos insulares*; aquel esbozo de charla se convirtió en denso estudio en el que análisis y reflexión son notas fundamentales del autor.

Es curioso recordar, releendo el cuadernillo del programa de actos realizados, cómo se juntaban los nombres de artistas, escritores, músicos e historiadores, de distintos grupos generacionales, en la celebración del ciclo. Eduardo Westerthal lo iniciaba y lo clausuraba Simón Benítez —entonces Presidente de *El Museo*—. *Planos de Poesía*, una colección de cuadernillos poéticos —dirigida por los hermanos José María y Agustín Millares, Rafael Roca, Pedro Lezcano— casi se presentaba en público. Y hasta Miguel Benítez, amigo de Lorca, dictaba una charla sobre Stravinsky, nombre no muy buen visto en aquellas calendas.

Quisieron Ventura —truchimán de este ciclo— y el Secretario del Museo ofrece un documental, incompleto pero expresivo, en el que interviniesen los nombres más representativos del arte joven, mezclados con los “viejos” más solemnes y respetables. “El retrato de cristal”, de Manrique, se unía a “La muerte del héroe”, de J. Ismael, y la serie “El canto a los trabajadores”, de M. Millares, se daba la mano con “Lírica de los volcanes”, de Felo Monzón —serie esta última tan próxima a las *traperas* fa-

mosas de Millares—. Y desde Dworak a Debussy, pasando por Guridi, se llegaba al *Trio* de J. Hidalgo. Pilar Puiggari, M^a Esther Alonso, Maruja Apolinario; Conch, Prieto y Medina, estuvieron al lado de J. Blanco, R. Lezcano, Lolita Millares, Magdalena Cantero y Pedro Lezcano, J. Luis Junco, Patricio P. Moreno e Isidro Miranda. Y textos de Agustín Espinosa se mezclaban en una confusión desordenada, casi surrealista, con Lope de Vega. Y hasta J.R. Doreste tenía oportunidad de presentar a su viejo amigo Westerthal; para contar casi a dúo anécdotas y capitulillos del surrealismo canario de los años treinta.

El “Delegado”, (como se llamaba entonces al censor de turno) tuvo que tragarse la “degollada”; a causa de la adscripción del *Museo* al Consejo de I. Científicas (por esa razón estaba exento de censura previa). Aunque la policía, figoneadora, tuvo sus más y sus menos con algunos de los antiguos *residentes* de Gando (penal de presos políticos), o con los jóvenes escritores lanzados a aventuras editoriales, más heroicas que risibles. Y hasta en la propia Junta Directiva de *El Museo*, el humor y la ironía de S. Benítez, aunados a la gracia innata de R. Cabrera, fueron abogados eficaces de posibles denuncias, de reticencias corporativas o de moralinas túnicas desgarradas por los conspicuos “padres de la patria”, escandalizados por tanto “disparate y obscenidad”.

“Hay artistas en quienes el temblor fundamental y la necesaria sabiduría se dan de consuno y simultáneamente —escribía Ventura en los años cincuenta—; otros, menos dotados, acumulan en sus almas experiencias anteriores y ajenas, sin que éstas condigan jamás con su propio quehacer: son los imposibles “técnicos” fríos... Un cuarto linaje, tal vez el menor en número, revela el predominio de las nulas cualidades sobre las que se adquieren al ir ejerciendo el propio arte o estudiando el de los demás”.

Pertenece este fragmento, escrito circunstancial, a una brevísima nota escrita por Ventura al catálogo de Jane Millares, hermana de los hermanos poetas, quizás su primera muestra hecha también en la arqueológica sala del Museo. Enriquecidos los cuadros de fregonas, vendedoras de mercado, albañiles, personajes entresacados de la poesía social de Agustín, José María o del *Canto de los Trabajadores*, del propio Manolo Millares.

A pesar de la brevedad ocasional del escrito, redactado con pulcritud y con cariño, ahí quedan el ritmo de su prosa, la reflexión de su análisis, la selección del vocabulario —¡cuánto costó al cajista la corrección del “condigan” dorestino!— y la precisión definidora de la artista, “a medio camino entre la pintura deshumanizada y la pintura realista”. Los dos calificativos —“deshumanizada”, “realista”—, muy en boga en esas fechas, eran manejados por Ventura en más de una de sus notículas artísticas —J. Ismael, Plácido Fleitas, Manolo Millares, S. Santana, F. Monzón— se

beneficiaron de su generosidad y de su “prosa trabajada”, como la calificó R. Gullón. Porque, además de su quehacer literario en revistas —*Insula*, *Papeles de Son Armadans*, *El Museo Canario*—, Ventura fue solicitado presentador de cualquier exposición de arte: siempre que ésta conllevara dignidad. No resultaba fácil mover su pluma en favor de la garrulería encubierta o del brochazo insubstancial.

4. Director-Conservador

Por los años sesenta —ta vez sesenta y tres o sesenta y cuatro— Ventura fue nombrado Director-Conservador de la Casa de Colón. La Casa había ido adquiriendo cierto prestigio, como institución cultural del Cabildo Insular, y venía a ser un conjunto museístico-bibliotecario bastante heterogéneo. La construcción del edificio —rehecho sobre un conjunto de viejas edificaciones— había dado lugar a pábulos y comentarios; y en aquellas fechas aún no estaba totalmente terminado. Además de cuadros, esculturas, carabelas —maquetas—, cañones, molinos de piedra y loros, la Casa tenía tres hermosos patios y unas galerías con ecos resonadores.

En el despacho de la Dirección, Ventura solía recibir en las últimas horas de la tarde a poetas, periodistas o profesores universitarios, visitantes ocasionales de la Casa. Entre los primeros, Pedro Perdomo, director de un periódico local. Pedro tenía devoción por Ventura, y éste lo correspondía. Perdomo era excelente conversador, y, además, había convivido en Madrid y en Sevilla con escritores bien significativos: Manuel Machado, Valle Inclán, Ramón G. de la Serna, César G. Ruano, A. Guerra, Cansinos, etc. Había hecho el servicio militar con Dámaso Alonso, y este hecho era motivo de recordar anécdotas, más de una vez repetidas por la locuacidad del poeta.

Pertenecía Perdomo —excelente periodista— a esa generación de los años veinte que tanto lustre dio no sólo al periodismo, sino a la Literatura, en general. Haber colaborado en *El Sol* y haber publicado unas notículas en la *Revista de Occidente* aureolaban más su imagen. Dirigir un periódico en años de dura censura —toreada de mil modos por el Director de la publicación— avalaba plenamente el ingenio y el humor, del poeta-periodista. Por eso, por su carácter y por su ingenio, resultaba confortador escuchar sus ingeniosidades.

Otro de los contertulios era Manuel Alvar. Por aquellos años comenzaba sus andanzas dialectológicas por las Islas; andanzas que originarían el *Atlas Lingüístico* de Canarias, una de las obras de mayor trascendencia científica realizada en las Islas. Refería Alvar sus aventuras de viajero —por mar, por tierra, por llanos y barrancos insulares—, y sus relatos,

además de estar salpicados de gracia y originalidad, aparecían entintados de amor, de devoción a los insulares, cuyo descubrimiento iba haciendo, como viajero observador, a la par que enriquecía, ahondando, los materiales recogidos en sus encuestas dialectológicas. Ventura y Pedro glosaban, añadían, complementaban lo que Alvar sólo intuía —casi siempre felizmente— como mera observación, como anécdota circunstancial. Por otra parte, el conocimiento que Alvar iba teniendo, movido por aquellos contertulios, de la Literatura y de la Historia de las Islas, lo iba acercando más al Archipiélago; para entenderlo y para conocerlo mejor. En alguna página de uno de sus libros insulares, queda constancia de estas tardes dialectológicas, en las que palabras y cosas se iban sucediendo. Lo refiere así el propio Alvar:

“No creo necesario hacer otra justificación para estas páginas que ahora se reúnen. Mejor, sí: la sola justificación de la amistad. Alfonso Armas y Ventura Doreste..., me pidieron la ordenación de estos artículos. Débil pecador, no resistí la tentación: de aquellas largas, sabrosas tardes en la Casa de Colón surgió... como manzana dañina, la idea. Y aquí está...”¹.

Pues, sí, en “aquellas largas, sabrosas tardes”, se desgranaban páginas y páginas, en voz viva, de nuestra historia grande y pequeña. Y no llevaba la menor participación la voz de Ventura, apostillador feliz o precisador impagable de tal cita, de tal otra lectura o de cualquier fuente bibliográfica incompletamente consignada.

Por otra parte, su celo como editor había quedado demostrado en la *Antología Cercada* (1945), enriquecida con tantas connotaciones no precisamente tipográficas: cuando el rigor y la tesonería de Ventura hizo posible dar a luz un libro, estigmatizado por la censura y premonitorio dentro de la poesía social española. Con otras muchas ediciones, unas veces en colaboración con J.M. Trujillo y otras con los hermanos Millares, en *Planas de Poesía*. En la *Minerva* de una imprenta cuasi familiar, y bajo la exigente tutela de Ventura, salieron cuadernillos, folletos que hoy dicen mucho de la imprenta en Canarias. Y que dicen mucho más de la oportunidad y de la belleza de sus contenidos. La mano de Ventura puede adivinarse entre la baraúnda de papel impreso de aquellos años, no muy abundantes en selección y en calidad.

Con esta experiencia, consiguió iniciar las *Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de G. Canaria*, colección que hoy tiene un peso representativo en la tipografía insular. Literatura, Historia, Geografía, Ciencias, Folklore, Bellas Artes, Lengua eran los apartados que aún hoy se siguen conservando sin cambios substanciales. Fernando González, Luis Benítez,

Agustín Espinosa, Sártoris, Clavijo y Fajardo, Bosch Millares, D.J. Navarro, Dorestæ Silva, Pedro Perdomo son algunos de los autores, ya muertos, que han quedado perdurados gracias al esfuerzo personal y a la tenacidad de Ventura.

Las *Poesías Elegidas*, de Fernando González, tienen un prólogo del Dr. Francisco Yndurain; y tanto el prólogo como la propia antología de González, hecha por el propio autor, tienen una intrahistoria en la que Ventura tiene papel destacado. Aunque el propio Yndurain menciona en el prólogo la noticia como pretexto de su breve ensayo, vale la pena relatar lo que ocurrió aquella tarde en casa de Saulo Torón.

En uno de sus frecuentes viajes, Francisco Yndurain y Manuel Alvar —tan entrañablemente unido a las Islas— nos acompañaban por las calles de Ciudad Jardín. Ventura sugirió visitar a Saulo, antiguo vecino de Ventura, y así se hizo. Allí nos encontramos a Fernando, en compañía de Saulo. Y los dos poetas, unidos en amistad y en fervor poético, desgranaron versos y revivieron pedazos de historia. Cruzaba por delante de nuestros ojos —en especial por los de Yndurain— los brillantes fogonazos de la conversación de dos poetas vivos. Y la luminosidad, el chisporroteo nacía del recital ocasional, tan distinto en cada uno y tan inolvidable. Confesaba, después, Yndurain que había aprendido en aquella hora de la tarde lo que ninguna Historia de Literatura podía enseñar: escuchar, en voz alta, a la Historia en forma de palabra poética.

De aquella tarde nacieron, en verdad, el compromiso de dos nuevos libros: el de Fernando y el de Saulo. Dos volúmenes que resultan imprescindibles en la bibliografía literaria insular. Y sin cuyas páginas no puede tenerse una visión completa de la poesía española de entreguerras.

Porque fue, sin duda, esta cualidad de crítico literario la que hizo posible que no hubiese ruptura absoluta entre las dos generaciones: la anterior a 1936 y la posterior a la Guerra. Los nuevos *ismos*, multiplicados a partir de 1940, deslumbraron a la mayoría. Pero no a Ventura, conocedor y partícipe, en cierto modo, de aquella brillante generación de convecinos de siglo; gracias a sus propias lecturas, gracias a sus vivencias familiares y gracias a ese su espíritu de continuidad histórica, norma y guía de todo su quehacer vital.

5. "Alonso" y Saulo

Fueron estos dos escritores familiares a Ventura casi desde su infancia. Su padre mantuvo con ambos una estrecha, íntima amistad; y una particular devoción. Como dice el propio Ventura en algún texto ("Casi desde la niñez, y en ocasiones diversas, he venido hablando de *Alonso*

Quesada...”), uno y otro conformaron, en cierto modo, su iniciación literaria. Mucho más, claro está *Alonso* que *Saulo*.

A *Alonso* le dedica páginas en el libro *Ensayos Insulares*. “Noticia sobre *Alonso Quesada*”, es un ensayo dedicado a lectores no canarios, en especial, para ofrecer una panorámica de la obra del escritor. Con el pretexto de la publicación de *Smoking Room (Cuentos de ingleses de la colonia)*, edición póstuma hecha por *Planos de Poesía*, Ventura dice de *Alonso*, entre otras cosas:

“Es perceptible que en *Alonso Quesada* hay un sentimiento hondo de la soledad y el silencio insulares; el poeta se sentía vivir en una ínsula extraña; pero el silencio y la soledad eran cosas profundamente nacidas en su corazón mismo”

O este otro texto:

“En buena parte, la sequedad emana de la dolorida alma del poeta... Con todo, en *Quesada* se advierte una pudorosa ternura, un deseo de que la existencia insular sea transformada de radical modo. En muchas de sus composiciones últimas se transparenta una amarga ironía, vencedora ya de su suave y comprensivo humorismo; una ironía que era evidente —según refiere la tradición— en sus mismas conversaciones”.

Como se ve, Ventura ha sabido captar lo que Unamuno llamaría el *hondón* del alma de *Alonso*. Sentirse “vivir en una ínsula extraña”; poseer una “pudorosa ternura”; y hacerse eco “de su suave y comprensivo humorismo”: todo ello sólo prueba que el crítico conocía muy bien el interlineado del escritor. Hacerse eco de “la tradición” (léase “*Arauz*”, su padre; léase *Saulo*, su vecino amigo), quiere decir cuánto pesaba en el crítico los muchos años, las muchas conversaciones y las sabrosas apostillas recogidas en ese ámbito en el que se movió Ventura. Este que supo escuchar y ver “la transparencia de su voz estremecida”, frase esta, como tantas otras de la prosa de Ventura, cincelada con ritmo poético.

En *Alonso Quesada*, prosista, más rigor. Lectura más detenida. Y reflexiones que no sólo corresponden al estilo del escritor comentado, sino al propio carácter del crítico:

“En cada época —dice Doreste al aludir a un texto de *Alonso*— las capillas y revistas literarias ensalzan solamente a sus íntimos cofrades; nadie denuncia el mal gusto ni la grosería; el público... presta una atención bovina y ululante a producciones que, por

su baja calidad y sentido, se hallan en rigor extramuros de la literatura”.

Ventura no sólo estaba deduciendo, explicando, el entorno literario de Alonso —denunciador de quien tiene “por intelecto y corazón la pata del caballo de Atila”—, sino que el mismo Ventura parecía seguir escuchando la cabalgadura intelectual semejante a la “atención bovina y ululante”, tan expresivamente retratada por su prosa crítica:

Ningún otro historiador ha podido resumir, con tanto acierto y claridad, la densidad y variedad de la obra quesadina:

“*El lino de los sueños* constituye la expresión cabal del poeta ante el mundo, y en sus muy personales circunstancias. *La Sombra* viene a ser... una libre fantasía erizada en preocupaciones cuasi patológicas del poeta. *Las Crónicas de la ciudad y de la noche* corresponden a la reacción de un espíritu admirable frente a “su” sociedad isleña. En cambio, *Smoking room...*, la novela melliza *Las inquietudes del Hall*, revelan la reacción de una sociedad —cuya voz crítica se encarna en Alonso Quesada— frente a un grupo extraño que se comporta dentro de esa sociedad..., que se conduce, oigamos, como un inquilino”.

El poeta Alonso, protagonista, actor de cada uno de sus libros. Reaccionando, de un modo u otro, frente a la sociedad; o convirtiéndose en voz colectiva para denunciar el mal *inquilinato* de un grupo social extraño y fielmente caricaturizado. Reducir a estas pocas, a estas exactas líneas, el diagnóstico del mal de Alonso, “el hijo de la luz”, (como lo llama en otro párrafo), es haber sabido leer, y leer muy bien, estas prosas de un poeta; alentado, siempre, por el lirismo, pero estremecido, también, por aquella su reacción rigurosa y sincera. Tal mal entendida por sus contemporáneos: los mismos filisteos que rodearon al poeta y al crítico. Y de los que uno y otro supieron defenderse gracias al mandoble de su ironía y de humor.

En el folleto primorosamente bodoniniano, editado “en el taller de Pedro Lezcano” en 1978, y con el título *Recordando a Saulo Torón*, Ventura Doreste agavilla, en una conferencia —primoroso ensayo—, algo más que una “evocación sucinta”. Construye, con pasión, con cariño, con “ajustado análisis”, un hermoso discurso sobre el poeta Saulo, el amigo desde los años de infancia de Ventura:

“Saulo era y nótese que la palabra aparece con frecuencia en las composiciones de los líricos intimistas, Saulo era, digo, como el hermano mayor de mis progenitores. Siendo muy niño hubo de conocerlo

mi madre, y el poeta se hallaba en su juventud. A través de Alonso Quesada, mi padre, que no tenía entonces diez y ocho años, pudo trabar amistad perdurable con Saulo Torón.

... En las tertulias que se celebraban en el hogar de Saulo y Micaela, su hermana, hubieron de conocerse mis padres... Yo recuerdo vagamente que en su habitación —colmada de libros— había un primitivo aparato de radio; el poeta, provisto de unos pasmosos auriculares, escuchaba abstraído las emisiones... Llevaba una existencia íntima, recoleta; y aunque no desconocía, no, la producción intelectual de aquellos años, lo cierto es que se negaba a leer las obras que durante la guerra y la postguerra se venían publicando. Para el Saulo Torón de la época que rememoro, España había muerto —política y espiritualmente— en el fatídico 1936”.

Bellísimo y palpitante de emoción el párrafo; pedazos de la propia vida de Ventura entrecruzada por la del poeta. Desde antes de su propio nacimiento hasta “el fatídico 1936”. Y como una visión, curiosa y singular, los auriculares del poeta atraído por el aparato de radio galena. Además, Alonso; Alonso Quesada, uncidor feliz de una amistad perdurable con *Arauz*, “el padre del poeta”.

Con ese ritmo peculiar de la prosa venturiana, acompasada por párrafos cortos y de vocablos resonadores, el poeta, dominador de la frase, va sembrando, con cautela y con seguridad, las cláusulas del discurso de belleza y de emoción. Transmitida a lo largo de toda la conferencia —dictada con ocasión de un homenaje a Saulo—, más rica en evocaciones que en análisis.

Y entre las evocaciones, aquella del primer artículo periodística de Ventura, recién cumplido los diez y seis años, y dedicado a Saulo. Era el año en que finalizaba la Guerra Civil; Ventura cursaba el Sexto curso en el Instituto, en donde soportaba, alguna vez, las miopías mentales de un futuro tejedor de Tarrasa y los mandoblazos ideológicos de cierto profesorado, más proclive a los dogmas que a las razones. Por ello, su artículo tenía especial significación: por su talante liberal y por publicarse en las páginas del único periódico —ornado por flechas y yugos— que entonces se publicaba en la ciudad. Y, tal vez, por estas circunstancias, *Arauz* —también, como Saulo, autosilenciado en su vocación literaria— recibiese más de una felicitación; por ignorar los lectores que había otro Ventura Doreste, también crítico y también singular lector.

Sí, los libros.. Porque junto a ellos configuró Ventura buena parte de su personalidad y de su propia vida. Ventura, en la biblioteca paterna —“más vasta... bastante más selecta y más rigurosa” que la de Saulo; en la de J. Manuel Trujillo— “prosista singular a cuyo superior juicio y actividad debe no poco el desarrollo del espíritu de Canarias”; en la del Museo,

poblado por nuestra fantasía y nuestro humor juveniles por fantasmas decimonónicos; o en las lecturas fugaces del Instituto, junto a Pedro Lezcano, con quien Ventura sostuvo siempre “espiritual identificación literaria, más con raíces y ramas en lo total humano”.

Siempre el libro. Y en su propia biblioteca, formada con tantos sacrificios y mimada con tanto celo por Pepita, esposa-novia del escritor desde los años de Bachillerato.

Aquellos en que unos estudiantes de cuarto curso conseguían ver, por vez primera, sus nombres en letra impresa. El libro se titulaba “Labor de un Curso”; la fecha, 1937.

Así rezaba un párrafo:

“El caballero, con su lanza vertical, avanza por el camino. Ni los obstáculos ni los gemidos de Sancho le detienen. Se lanzan contra él los obstáculos. Ya no se ve al caballero; está envuelto en el remolino. Y de pronto aparece Don Quijote, lanza en ristre”.

En el otro párrafo:

“A través del Quijote me duelen los ojos de contemplar la Mancha... Un molino, campiñas rasas, polvorientos caminos. Por estos caminos ayer Rocinante, hoy triste, flaco el sucesor de Rocinante, tierra roja. Sobre todo esto un cielo límpido”.

“Ventura Doreste Velázquez. Alumno de 4.º año”, autor del primer texto; “Josefa Zamora Lloret. Alumna de 4.º Curso”, del segundo. Fueron ambos Primeros Premios en aquella lid cervantina y escolar. La sombra de Azorín, en los dos textos; más, en el de Ventura, construido con una pulcritud y precisión impropios de un estudiante de cuarto curso. Y, en ambos, la elusión de ditirambos rataplanescos, tan frecuentes en los otros artículos premiados. Escritos los dos con galanura; y con candor.

Ventura, desde antes de su primer artículo en el periódico, en letra impresa a los catorce años. Junto a la que iba a ser su novia-esposa. Ventura, desde sus lecturas apresuradas, ajustándose al rigor, compañero de su andadura como escritor.

Ventura, por estos mismos años, oyendo a Saulo, con “sensibilidad a flor de piel”, escuchando a Arauz tal o cual anécdota de Alonso; discutiendo con compañeros y amigos; y leyendo, con apasionamiento, todo cuanto había en los anaqueles de la biblioteca paterna.

Y, además, padeciendo, en la temprana edad, las desgarraduras de la Guerra: los huracanes de las persecuciones, las apreturas económicas, las angustias y los temores.

Desde Azorín a Alain; desde Maeztu —redescubierto con tardanza por Ventura— a Ortega; desde Alfonso Reyes a Chacón y Calvo; desde Montaigne a Cervantes; o desde Galdós a Cela. Y, en medio, Dámaso, Vallejo, Neruda; y Góngora, y Garcilaso y Quevedo. Y los ensayistas ingleses; y la novela francesa. Y los últimos versos de Lezcano, Pinto, Albelo, García Cabrera, Millares.

Ventura acompañado de libros. De amigos constantes. De apasionada devoción.

Nota

1. M. Alvar: *Estudios Canarios*. I, Las Palmas de G.C., 1968, pág. 9.